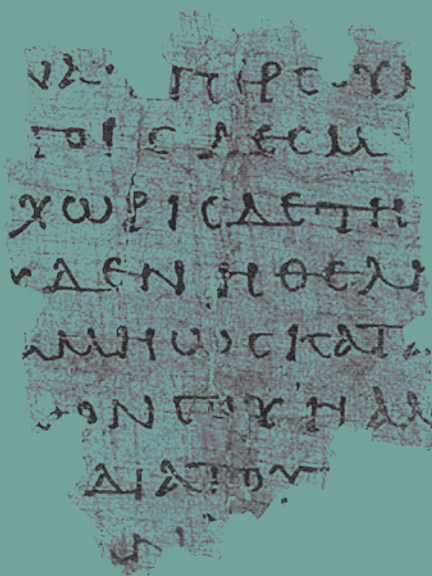


ADRIEN CANDIARD



100XUNO

La libertad cristiana



DE PABLO A FILEMÓN

La libertad cristiana

100XUNO

Adrien Candiard

La libertad cristiana

De Pablo a Filemón

Traducción de Aníbal Díaz Gallinal



Título original: *À Philémon. Réflexions sur la liberté chrétienne*

© Edición original: Les Éditions du Cerf, 2019

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

100XUNO, n° 94

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-091-8

Depósito Legal: M-129-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20 - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción.....	11
I.....	25
II.....	41
III.....	57
IV.....	73
V.....	89
Conclusión.....	105
Agradecimientos	111

*A Athanase Vignon,
porque solo la amistad evangeliza.*

«Donde está el Espíritu del Señor, hay libertad».

2 Cor 3,17

INTRODUCCIÓN

Ya se sabe que los curas echan sermones por todo. Con un aire grave, tono compasivo, pero mirada acusadora, explican cómo hay que vivir, y lo hacen con palabras abstractas, vagamente inquietantes y la certeza propia de quien no tiene ni idea de lo que es la vida. Le dirán cómo debe amar, lo que hay que hacer, pensar, creer, sin tener aparentemente ni la menor idea de la ensordecedora mezcla de cosas que constituyen una vida concreta: cosas urgentes, deberes, veleidades, fatigas, convicciones, necesidades, fantasías, deseos, inhibiciones, tentaciones, afectos, ambiciones y reflejos. Todo parece tan sencillo cuando dicen: «Hay que». Y es tan complicado cuando te esfuerzas por vivirlo.

No la voy a emprender —por solidaridad corporativa— contra esta caricatura del cura. Es cierto que todos podemos parecernos, en alguna ocasión, de manera más o menos grave o ridícula, a ese monigote. Aunque no es

excusa, no es fácil hacerse una idea de la frecuencia con que se nos piden esas lecciones de moral. Un joven católico practicante se pregunta cómo vivir correctamente su deseo de amar; un cuarentón *New Age* —al que conocí haciendo auto-stop— se pregunta acerca de cómo seguir su carrera profesional; un recién jubilado se estrena en el arte de ser abuelo; una madre de familia hace lo mejor que puede malabarismos entre familia y trabajo. Innumerables y variopintos son los rostros de quienes, alguna vez, me preguntaron cómo *debían* vivir. No se trata en absoluto de neuróticos devorados por la angustia. Se trata, sencillamente de gente buena, respetable, creyente o no, que se esfuerza por vivir bien, por hacer el bien, y forcejea, como buenamente puede, contra la gran feria de contradicciones de su vida. Para tratar de poner un poco de orden en ella, se esfuerzan por encuadrar la compleja realidad en categorías simples: qué está permitido, qué está prohibido, qué es obligatorio. Así esperan no equivocarse; no hacer las cosas demasiado mal o no hacer demasiado mal a su alrededor. Y piensan encontrar en la Iglesia, que se supone debe dispensarlas a tiempo y a destiempo, lecciones de moral de las que esperan obtener algo de apoyo. Entonces preguntan: ¿qué está permitido? ¿qué está prohibido?

Esta preocupación por la buena conducta es algo que casi siempre me toca y, por otra parte, me encuentra

desprevenido. Porque, en el fondo, no tengo gran cosa que responder a esas preguntas. Sin embargo, la fe cristiana que ellos interrogan a través de mí —aunque mucho menos elocuente cuando se busca la lista de prohibiciones y obligaciones— sí que tendría mucho para decir sobre los temas que les preocupan —el amor, el mal, el perdón, la sexualidad, la política, el compromiso, el dolor—. Cuando me interrogan en esos términos, yo, profesional de la palabra, balbuceo y me trabo. Lo que me gustaría es hablar de otra cosa. Lo que me habita, lo que me interesa, aquello por lo que quiero dar la vida es la salvación que trae Jesucristo, la vida eterna que nos es dada para que la vivamos ya, es la libertad de los hijos de Dios. Tengo ganas de contestar con san Pablo: «¡Todo está permitido!». O de gritar con Paul Claudel: «¡Afortunadamente, tenemos a Jesucristo, que nos ha liberado de la moral!».

Si no sé expresarlo en esos momentos, se debe también a que hay algo más grave, más triste, que me gustaría decir. Decir que sí, en ocasiones, la Iglesia ha fracasado tan gravemente en su misión, si hay clérigos que han podido destruir vidas, como los periódicos nos lo recuerdan a diario de un tiempo a esta parte, no se debe exclusivamente a unos pocos desquiciados criminales degenerados hacia quienes me cuesta mucho sentir la más mínima solidaridad. También es resultado

de todas esas situaciones en las que, —esta vez sí debo incluirme por la parte que me toca—, no hemos sabido acrecentar la libertad de quienes buscaron nuestra ayuda; todas esas veces que hemos juzgado más simple recordar la ley antes que invitar a seguir al Espíritu Santo; todas esas veces que, para imponer nuestra certeza, hemos entrado imprudentemente en la conciencia de los otros. Esos abusos que no salen a la luz —bien lo sé—, son hermanos de aquellos que aparecen en los grandes titulares. Solo de pensarlo siento vergüenza. Y eso no me ayuda a hablar.

El que viene en busca de una simple regla de conducta es, por lo general, un interlocutor paciente ante el discurso que confusamente balbuceo ante él. Es educado, me aprueba, sonrío, asiente con la cabeza mientras le hablo de libertad y de conciencia. A veces me agradece propósitos tan esclarecedores. Pero enseguida vuelve al tema que le preocupa: «Entonces, al final, ¿puedo o no?».

Hay que pensar que la libertad cristiana es demasiado nueva y revolucionaria para ser asimilada o incluso simplemente entendida en pocos minutos por aquellos mismos a los que se dirige. Y, sin embargo, es lo más urgente que hay que explicar a los cristianos de hoy. Esa es la razón por la que comencé a escribir este librito, con la esperanza de superar de una buena vez la etapa de los balbuceos.

Felizmente, no soy el primero que intenta hablar de esto. Hay incluso un libro entero de la Biblia, en el Nuevo Testamento, dedicado al tema de la libertad cristiana, la auténtica y profunda libertad. Por cierto, no es muy largo: 25 versículos, una página o dos, según la edición. Uno de los libros más cortos de la Biblia. Un libro breve sobre un tema esencial debería ser muy popular: deberían leerlo todos los cristianos, citarlo en todas las homilías, hallarse en todas mesitas de noche, explicarlo en la catequesis. En vez de eso, con frecuencia dormita con otros tesoros escondidos en las páginas raras veces abiertas que guardan las tapas polvorientas de nuestras Biblias. Es una pena. Mi objetivo al escribir este librito es pues llevar a la lectura de otro: la carta de san Pablo a Filemón.

Efectivamente se trata de una carta, a veces también llamada «epístola» —palabra de origen latino para decir carta— que el apóstol Pablo envía a su amigo Filemón. Estamos al principio de los años cincuenta del siglo primero, unos veinte años después de la muerte y resurrección de Jesús. Pablo es un judío que no conoció a Jesús. Oyendo hablar de las primeras comunidades cristianas, comenzó a perseguirlas, antes de transformarse, tras su conversión, en cristiano entusiasta, fundador de comunidades, viajero infatigable para anunciar la Palabra de Cristo. Cuando escribe esta carta a Filemón es ya una

autoridad reconocida por los cristianos, especialmente por los de Asia Menor, la actual Turquía. Él mismo ha fundado Iglesias. Ha vivido varios años en Éfeso, una de las grandes ciudades de la región. Fue, sin duda, allí donde conoció a Filemón, ciudadano de la vecina Colosas. Filemón se ha convertido al cristianismo gracias a Pablo, a sus discursos inflamados, a su destacada personalidad, a su manera de hablar de Cristo con palabras y obras. Fue seguramente Pablo quien lo bautizó. Es plausible que su mujer Apia y tal vez su hijo Arquipo se hayan convertido al mismo tiempo, o poco después que él. Luego Filemón volvió a su casa, en Colosas, donde fue un miembro activo de la pequeña comunidad cristiana. Cuando el Imperio romano comienza a recelar y perseguir a los cristianos por todas partes, no había iglesias: los cristianos de Colosas se reunían en la casa de Filemón que seguramente disponía de algunos medios. Pablo y Filemón mantendrán la amistad, pero ya no se verán más, y es entonces, probablemente, cuando se escriben varias cartas de las que solo conservamos una.

La carta de Pablo a Filemón que se encuentra en la Biblia, último testimonio de una amistad enraizada en Cristo, fue escrita en una situación delicada, de la que desgraciadamente no tenemos todos los detalles. Cuento aquí lo que me parece más verosímil, dejando para libros más eruditos el debate de especialista. Pablo se

encuentra en prisión. Su actividad de predicador de una nueva religión comienza a inquietar a las autoridades. Es expulsado frecuentemente, flagelado en público o encarcelado. En Éfeso, por ejemplo, ciudad que atrae a muchos peregrinos gracias al templo dedicado a Artemisa, los mercaderes de suvenires temen por los beneficios de su negocio: si la gente se hace cristiana, ¿quién comprará sus baratijas? Podían estar tranquilos; quienes han ido a Lourdes saben que los remotos sucesores de aquellos comerciantes se sabrán adaptar sin dificultad a la religión cristiana. Pero en aquel momento todavía no lo sabían, y se alían contra Pablo. Fue, sin duda, justamente en Éfeso donde Pablo fue encarcelado entonces. Fue ciertamente una cautividad ruda, pero no estuvo solo: tiene muchos amigos en la ciudad y puede recibir visitas.

Un día recibe en la cárcel una visita inesperada, Onésimo, un esclavo de Filemón. Porque Filemón tenía esclavos. Es razonable que eso nos subleve y nos parezca inadmisibles, pero Filemón es un hombre de la Antigüedad y lo considera perfectamente normal, como todos sus contemporáneos, como, por ejemplo, los filósofos griegos que más admiramos. Bueno, como casi todos sus contemporáneos ya que Onésimo, por su parte, no parece ser un apasionado de la esclavitud. No escribe manifiestos abolicionistas —nadie los escribe en aquella

La libertad cristiana

En este pequeño ensayo, Adrien Candiard, joven dominico francés residente en Egipto, ofrece a los lectores una delicada reflexión sobre en qué consiste la libertad cristiana. Parte para ello de uno de los libros más breves de la Biblia, la carta que Pablo le escribió a su amigo Filemón sobre Onésimo, el esclavo de este último que huyó, vino a visitar a Pablo a la cárcel y fue bautizado allí por él. En su carta, Pablo deja en manos de su amigo Filemón la decisión no solo de liberar a Onésimo de la esclavitud, sino de darle la bienvenida como un «hermano amado».

El autor conduce al lector al encuentro y al conocimiento de la libertad cristiana, un camino de alianza y amistad con Cristo, y no una ruta de cumplimiento de instrucciones imperativas en búsqueda de un agotador ascenso hacia una perfección ilusoria.

«Hay que pensar que la libertad cristiana es demasiado nueva y revolucionaria para ser asimilada o incluso simplemente entendida en pocos minutos. Y, sin embargo, es lo más urgente que hay que explicar a los cristianos de hoy. Esa es la razón por la que comencé a escribir este librito».



ISBN: 978-84-1339-091-8



9 788413 390918